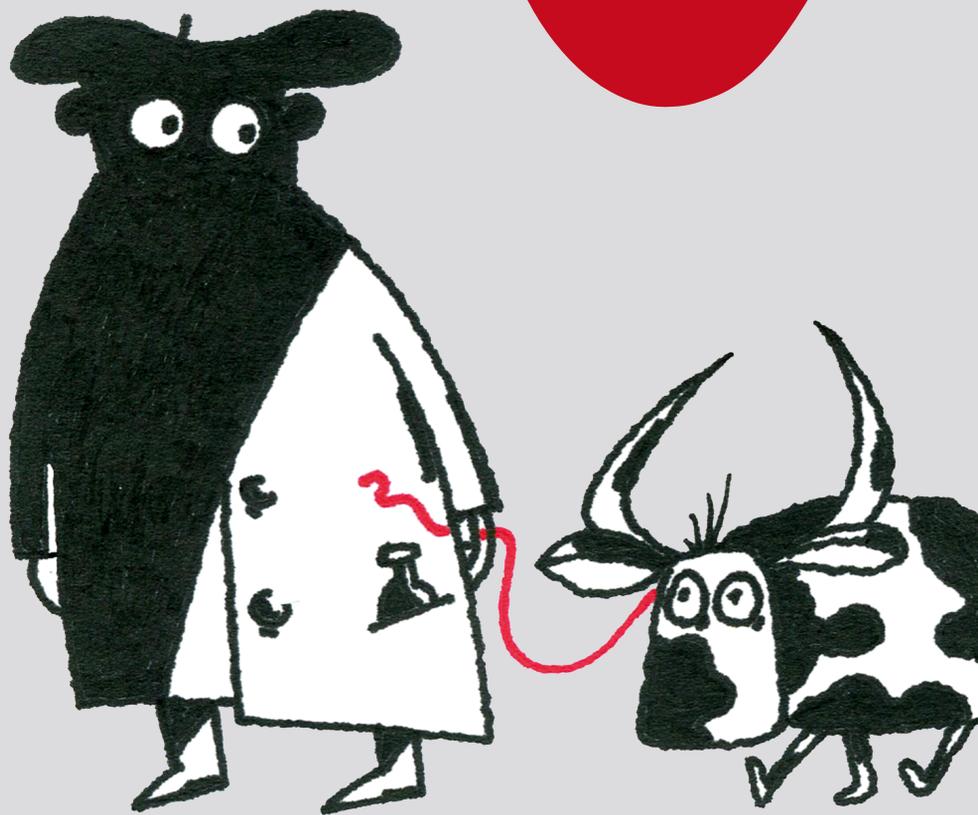




A la
sombra de
la Inmensa
Cuchara

INFORME
CONFIDENCIAL

Graciela
Montes



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 1993, Graciela Montes, por el texto
© 2020, Gustavo Roldán, por todas las ilustraciones
© 2020, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Publicado por primera vez por la editorial
Sudamericana. Buenos Aires, Argentina.

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2020
ISBN: 978-84-8343-596-0
Depósito legal: B-1023-2020
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

Mar de la Gota,
fracción violeta verdemar,
hora tardía.

Señoras y señores, público en general:

Los helados de vaca son muy peligrosos.

Lamento tener que comenzar mi informe con una afirmación tan escalofriante y ruego que sepan disculpar mi sinceridad, un tanto brusca –lo reconozco–, pero necesaria: la situación no admite titubeos; es preciso ver claro y actuar cuanto antes.

Repito: los helados de vaca son muy peligrosos. Peligrosísimos. Fatales casi, como podrán juzgar todos los presentes cuando termine yo de relatarles las conclusiones a que he arribado luego de una vida entera dedicada a la investigación.



De cómo, por qué y cuándo llegamos a ser lo que somos

Cualquiera que se haya atrevido a salir a la Intemperie, haya pasado un día de campo en el valle de la Mesa Tendida o se haya detenido a contemplar las Ruinas Inexplicables que se agolpan en el sector norte del Mar de la Gota, se habrá preguntado, como me pregunté yo tantas veces, de dónde venimos, cuándo y cómo llegamos a ser lo que somos, o, en pocas palabras y para ir de una buena vez al grano: cómo demonios habremos hecho para achicarnos tanto.

Pensemos en la Inmensa Cuchara, por ejemplo, nuestro monumento más notorio. ¿No es francamente portentosa? Aun hoy, cubierta como está de musgo mutante y oxidada en su mayor parte

(debido al poco cuidado que ponen nuestras autoridades en preservar el patrimonio histórico de nuestro pueblo), sigue obligándonos, por el solo efecto de su presencia sobrecogedora, a imaginar historias inquietantes.

Cuando niño, mi abuelo me solía llevar de visita al valle de la Mesa Tendida en la fracción naranja crepuscular de la hora incandescente. El paseo culminaba, invariablemente, en la Inmensa Cuchara, allí donde comienza a vislumbrarse en el horizonte la inconfundible y lejanísima Cordillera del Plato.

Disfrutábamos mucho del paisaje. Como todos saben, la luz se refleja a esa hora en el cuenco todavía brillante de la Inmensa Cuchara y los reflejos lo inducen a uno a soñar con gigantes.

Precisamente ese era el tipo de historias que me contaba mi abuelo mientras recorríamos paso a paso los ciento veintidós mil micrómetros que hay desde una punta a la otra de la Inmensa Cuchara y pasábamos una y otra vez por debajo del arco central, que ya en ese entonces era una zona un tanto boscosa, aunque no se había convertido aún en la selva impenetrable que es hoy en día.

Mi abuelo me ponía la mano en el hombro y me hablaba con voz pausada de los Antepasados Gigantescos. Hombres en todo semejantes a nosotros pero

de estatura descomunal, capaces de tomar una Inmensa Cuchara –cuyo peso, si no recuerdo mal lo que nos enseñaba el profesor Párodos Antúnez en nuestra clase de Física Arqueológica, de ninguna manera podía ser inferior a los ¡setecientos millones de kilokilos!– y sostenerla en el aire sin el menor esfuerzo, como quien sostiene una molécula mediana, o un tamañómetro de bolsillo. ¡Más de una noche me la pasé en blanco, sin poder pegar siquiera un ojo, de solo imaginar la inconmensurable boca que podría haber estado esperando a esa cuchara al final de su viaje por el aire!

Pero no quiero aburrirlos con estos viejos fantasmas: son historias que todos, quien más, quien menos, hemos escuchado alguna vez y que han marcado nuestra niñez tanto como los helados de vaca.

Y no es casual que mencione aquí los helados de vaca, estimados presentes. No es solo porque los helados de vaca, junto con los átomos confitados y el juego del centímetro peligroso, sean un símbolo imborrable de nuestra infancia, sino, muy en especial, porque las vacas responsables de los helados que hemos saboreado con tanta inocencia durante nuestros mejores años están ubicadas precisamente en los orígenes de nuestra historia. Y lo más lamentable es que es muy probable que también señalen su final,

un final al que, es mi deber alertarlos, nos estamos acercando vertiginosamente.

Noto que algunos se revuelven inquietos en sus bancos y que han estallado en la sala murmullos y movimientos desacostumbrados. Desde aquí puedo ver que Germinasia Antúnez ha empalidecido y está al borde del desmayo, y que a Floreal Antúnez le tiembla desmesuradamente el bigote. Es lógica la angustia, estimados presentes, pero no debe inducirnos a la locura. No hay tiempo de enloquecer, señoras y señores: ¡las papas queman! Les ruego, por lo tanto, que permanezcan todos sentados en sus lugares y que me permitan concluir mi historia. Ya habrá tiempo luego para que abramos el debate acerca de si es conveniente o no que sigamos deleitando a nuestros hijos con unos helados que son decididamente sabrosos –¿quién puede negarlo?–, pero que tal vez estén poniendo en peligro nuestro futuro.

De más está decir que los helados de vaca son un asunto que nos concierne a todos. ¿Quién de los presentes podría declararse libre de toda responsabilidad? ¿Quién no le ha ofrecido alguna vez a un niño un dulce y jugoso helado de vaca? ¡Cuántas madres habrá, aquí presentes, que hayan pasado tal vez toda la fracción amarilla de la hora doméstica batiendo

alegremente sus vacas y rallando concienzudamente los cuernos para alegrar la merienda de sus hijos con un helado de vaca recién cuajado!

¡Cuántos fabricantes de helados de vaca –bombones antuneces, sucutruchos, casamatas, alpistados y otras variedades– estarán a estas alturas agarrándose la cabeza y temiendo que esta revelación mía dé por tierra con todos sus negocios!

¡Y cuántos criadores de vacas para helados se sentirán desamparados, tristes y hasta culpables a estas alturas de los acontecimientos!

No ha sido mi intención arrojar un balde de pánico sobre una población pacífica y trabajadora como la nuestra, ni es mi intención hacerme famoso –puedo asegurarlo– o promocionar alguna marca nueva de golosina. Es solo que los muchos años de exploración del pasado –el que más, el que menos, conocerá, supongo, mi labor como historiador y arqueólogo aficionado– me obligan a alertar a mis congéneres con respecto al futuro –¡diminuto, créanme!– que nos espera.

Señoras y señores: hay una vaca en nuestro pasado, y también la hay en nuestro futuro, y si no la tomamos de una vez por todas por las astas y la obligamos a apartarse de nuestro camino, es muy probable que nos saque a todos del ruedo.



De la vaca de balcón a la vaca de bolsillo

La primera vaca, o en todo caso, la primera vaca de la historia, perteneció a Zoilo Antúnez. El nombre –Zoilo Antúnez– es solo una conjetura, claro está, pero una conjetura muy probable: Zoilo es un nombre muy popular en nuestra población (apuesto a que entre el público hay no menos de sesenta Zoilos en este mismo momento), por no hablar de Antúnez, que es –ya se sabe– el apellido inevitable de todos nosotros. Por otra parte, todas nuestras vacas actuales, tanto las que se crían a la sombra de la Gran Lechuga como las que pastan en el Pan de Musgo, tienen en sus ancas un dibujo inconfundible: ZA. Una zeta y una a algo temblorosas pero perfectamente legibles, manchas negras sobre fondo té

con leche, o manchas té con leche sobre fondo negro. Esa zeta y esa a no son sino el recuerdo genético de la marca que el primer dueño, Zoilo Antúnez, grabó a fuego en Bubulina, su vaca preferida, y el comienzo de todos nuestros males.

Ignoramos la razón por la cual Zoilo criaba a Bubulina y a otras vacas: el helado de vaca –según tendré oportunidad de demostrar más adelante– aún no había sido inventado, y ¿para qué puede servir una vaca si no es para fabricar helado? Pero, en fin, convengamos en que la ganadería prehistórica es uno de nuestros grandes misterios y que cuesta imaginar cuál podía haber llegado a ser su sentido.

En cambio, no me cuesta nada imaginar el amor que sentía Zoilo Antúnez por su Bubulina porque nuestros ganaderos de hoy siguen siendo unos sentimentales. He conocido algunos que están tan encariñados con sus vacas que muchas veces se niegan con lágrimas en los ojos a entregarlas para que las conviertan en helado. Se pasan horas enteras peinándolas, lustrándoles los cuernos y rascándolas detrás de las orejas, y en invierno son capaces de cederles sus propias camas cuando las oyen mugir de frío allá afuera. Así de querendón ha de haber sido Zoilo Antúnez, y seguramente Bubulina, por ser más amigable que las demás vacas, o más hermosa,

o por tener ojos más grandes o mirada más tierna, debió de conquistarlo al punto de dejar de ser vaca de campo para convertirse en vaca de compañía.

Pero, estimados presentes, basta un pequeño cálculo para imaginar los inconvenientes de traer una vaca a vivir a la propia casa. ¿Cuánto pesa una vaca de hoy? ¿Cuatrocientos, quinientos kilokilitos? ¿Y cuánto pesa un hombre? Ochenta o noventa kilokilitos; cien, cuando mucho, pero no cuatrocientos ni quinientos kilokilitos... De modo que ¿no resultaría difícil convivir con alguien cuatro o cinco veces más grande que uno, sentarlo a la propia mesa, ofrecerle un sillón, una gaseosa?

Eso, ni más ni menos, ha de haber sido lo que sintió Zoilo Antúnez cuando decidió adoptar a Bubulina hasta sus últimas consecuencias. Bubulina era inmensa, ni siquiera podía pasar por la puerta de entrada de su casa, ¡cuánto menos dormir a los pies de su cama, como él había imaginado!

Sí, señoras y señores, lo que Zoilo Antúnez quiso hacer fue achicar levemente, muy levemente, a Bubulina... Solo que, en esas cuestiones, se sabe cómo se empieza pero no se sabe nunca cómo se termina.

En efecto, sé muy bien que hace largo tiempo que nuestros científicos han logrado aislar el gen del achicamiento, y que, gracias a eso, nuestro pue-

blo se ha librado de algunas desgracias espantosas. (Sin ir más lejos, mi propia madre aún recuerda el día en que se oscureció el cielo y la horrible silueta de la Langosta Infinita sobrevoló nuestros techos: ¡de esa langosta de pesadillas a la langostita doméstica que todos conocemos hoy hay muchos, pero muchos, micrómetros de distancia!)

Pero aislar el gen del achicamiento hoy no es tan extraordinario. Basta con tomar una muestra de sangre o una muestra de piel a la población después de una de las tormentas achicadoras que hasta hoy nos han resultado inexplicables y que precisamente espero poder explicar en este informe para obtener millones y millones de esos genes. Achicarse hoy en día no es ningún milagro. ¡Si hasta los niños juegan al centímetro peligroso y hacen apuestas acerca de cómo va disminuyendo su estatura en las temibles etapas diminutivas! Hoy todo se achica, señoras y señores, y sin desmerecer la labor de nuestros hombres de ciencia, lo asombroso no sería hoy achicar, sino dejar de achicarse.

Lo curioso, lo difícil, lo insólito fue lo que se propuso Zoilo Antúnez con Bubulina. Zoilo Antúnez no tenía por dónde empezar. En esa época los seres vivos, inexplicablemente, persistían en su tamaño.

Todo lo que podamos decir acerca de sus primeros intentos es mera suposición, ya que no contamos con ningún registro histórico de la época, y las huellas arqueológicas se han ido borrando con el correr del tiempo. ¿Habrá Zoilo intentado serruchar parte de Bubulina para facilitarle la entrada a la casa? ¿La habrá fajado como momia para comprimir su tamaño hacia dentro? No podemos descartarlo, por supuesto, pero tampoco podemos dejar de abrigar serias dudas al respecto. En primer lugar, porque Zoilo era, a todas luces, un hombre de buenos sentimientos, un sentimental casi, que no habría transigido con un derramamiento de sangre ni habría podido tolerar los mugidos angustiosos de Bubulina durante un proceso de compresión por fajamiento. En segundo lugar, porque ninguno de los dos procedimientos le habría dejado una Bubulina en buenas condiciones para hacer de vaca de compañía, buscarle las pantuflas y acurrucarse a los pies de su cama.

Es posible que haya comenzado por pensar en alguna dieta achicadora: por ejemplo, pastito en lugar de pasto; alpiste en lugar de alfalfa, o alguna combinación por el estilo. En vano: lo más probable es que todos sus intentos hayan culminado en fracaso.

Es más, tengo la convicción de que llegó al genial descubrimiento del achicamiento silábico por pura

casualidad, que es el modo en que muchos descubrimientos han llegado a ser posibles, según nos contaba siempre la profesora Hilda Romualda Antúnez en nuestras clases de Biología Genética. Un día Zoilo salió a buscar a Bubulina, que andaba pastando por los alrededores de la casa y la llamó «Bubulí», en lugar de «Bubulina». ¡«Bubulí» en lugar de «Bubulina»! Porque sí. De puro cariñoso. Y en el crepúsculo naranja, notó que Bubulina se acercaba adonde él estaba con un mugidito confiado, y luego atravesaba cómodamente la puerta de la casa.

Señores del público, hagamos un esfuerzo de imaginación para remontarnos a esos tiempos prehistóricos e imaginemos a Zoilo, nuestro héroe fundador, luego de su descubrimiento, festejando con un buen vaso de vino y corriendo mesas y sillas para hacerle espacio a Bubulina, que esa noche, por fin, durmió adentro.

De «Bubulí» Zoilo pasó a «Bubú» –«Buenos días, Bubú», le dijo a su vaca un día en que la encontró pateando la puerta de entrada, ansiosa por salir a pastar–. Y ahí se quedó. Quiero decir que se quedó en «Bubú» (porque llamar «Bu» a su vaca lo asustaba un poco).

Pero la que no se quedó ahí fue Bubulina, que, con el «Bubú», se achicó lo suficiente como para andar

por la casa de Zoilo como Pancho por su casa, sorteando con toda seguridad los muebles, trepándose a la silla para robar una hoja de lechuga de la ensalada (¡sí, señoras y señores: lechugas que se comen en ensalada!), acurrucándose a los pies de la cama y escurriéndose siempre que podía al balcón, desde donde mugía alegremente a la gente que pasaba.

No cuesta mucho imaginarse que fue precisamente gracias a Bubulina que Zoilo Antúnez consiguió novia (las vacas de balcón facilitan mucho las relaciones amorosas). Todas las muchachas del pueblo se quedaban prendadas, seguramente, de esa vaquita tan simpática y mugidora, que asomaba sus ojos tiernos por entre las rejas. Imaginémonos que hubo una, más linda que otras, posiblemente pecosa (si debo juzgar por la cantidad de hermosas muchachas pecosas que hay en este momento entre el público), a quien Zoilo invitó a pasar para jugar con Bubulina. Me gusta pensar que se llamaba Florencia, aunque podría haberse llamado igualmente Gertrudis o Carmela.

Podemos apostar a que Bubulina se puso celosa. Es muy normal que se haya puesto celosa. Todos nuestros ganaderos conocen lo muy celosas que son nuestras vacas, y es por eso que tienen siempre mucho cuidado de repartir cantidades equitativas de

mimos entre toda la manada. Saben que basta con que una de ellas considere que se la ha dejado de lado para que se produzcan todo tipo de estropicios en el campo de pastoreo. Hubo una ocasión en que prácticamente medio Pan de Musgo quedó inutilizado por la furia con que pateó el suelo una vaca celosa.

Debemos suponer, pues, que Bubulina hizo de todo (caca debajo de la mesa del comedor, por ejemplo), y luego masticó, rumió, pateó, topó, corneó y se revolcó de furia. Estas conductas tal vez no sean atroces en medio del campo, pero hay que reconocer que traen muchos inconvenientes cuando tienen lugar en el interior de una casa.

Lo más seguro es que Florencia o Gertrudis o Carmela no haya estado dispuesta a tolerarlo y lo seguro de lo seguro, aunque solo sea suposición mía, es que a Zoilo se le haya ocurrido que lo mejor que podía haber para una vaca celosa era un toro enamorado.

Efectivamente, señoras y señores, están ustedes en lo cierto (deduzco, por las caras de preocupación que veo en esta sala, que siguen todos con mucho interés mi informe): un toro común y corriente habría sido un marido descomunal y excesivo para la pobre Bubulina, de modo que había que pensar, ne-

cesariamente, en un nuevo achicamiento. El elegido fue Federico. Un poco porque era un toro hermoso, de color negro, que podía combinar muy bien con el color té con leche de Bubulina, y otro poco porque Zoilo pensaba que los otros dos toros que tenía, Luis y Juan, iban a ser, por razones silábicas, mucho más duros de achicar que Federico.

Seguramente fue un proceso rápido porque Zoilo ya conocía los pasos que había que seguir: un día de «Federí» y otro día de «Fede» bastaron para que Bubulina consiguiera un marido apropiado.

Es imposible determinar cuánto tiempo pudo haber durado la luna de miel en la casa de los Antúnez. Zoilo y Florencia (o Gertrudis o Carmela), y Bubulina y Federico vivían felices su época de recién casados. Bubulina y Federico jugaban en los alrededores de la casa durante el día y, al llegar la fracción naranja crepuscular de la hora incandescente, se instalaban en el balcón a mugirle a la luz diminutiva. Zoilo trabajaba en el campo durante el día, mientras Florencia o Gertrudis o Carmela se ocupaba de la casa, molía maíz, hacía tortas fritas y tejía una colcha nueva para la cama.

¿Por qué entonces quiso Zoilo seguir achicando? ¿Se había convertido acaso en un vicio esto de andar disminuyendo vacas? ¿Por qué no le impidió Flo-

rencia o Gertrudis o Carmela que un día entrara a la casa llamando «Bu» a Bubulina, y enseguida «Fe» a Federico? ¿Es que ese Bu ya no le daba miedo?

Es imposible, señoras y señores, comprender los motivos por los que un hombre puede querer seguir y seguir achicando sin parar. Tal vez se sienta poderoso haciéndolo, tal vez lo haga solo por el gusto de seguir experimentando, de ver hasta dónde se puede llegar. Lo cierto es que, de golpe y porrazo, Bubulina y Federico, que habían sido vaca y toro de campo y se habían convertido luego en vaca y toro de balcón, acabaron siendo vaca y toro de bolsillo, de tanto que se achicaron.

Auge y decadencia de las vacas de bolsillo

Tampoco con respecto a esta etapa, tan prehistórica y remota como la primera, contamos con datos ciertos. Permítanme, pues, avanzar en el terreno de la suposición, aunque sea siempre una suposición prudente, para imaginar cómo pudo haber sido la vida de Zoilo y Florencia o Gertrudis o Carmela luego del achicamiento silábico definitivo de sus vacas.

Todo me hace pensar que las vacas de bolsillo se hicieron famosas. Y tengo razones para suponer que no solo se hicieron famosas en el pequeño pueblo ganadero donde tenían su casa los Antúnez, sino también en los pueblos de los alrededores.

Cito como testimonio esa vieja canción infantil, tan popular entre nuestros niños, que dice:



*Juguemos en el mundo
mientras la vaca no está.*

–Vaca: ¿estás?

–¡Estoy en el bolsillo!

Como todos saben, este es un juego en el que deben intervenir sesenta niños, que se van pasando la «vaca» –una piedra a la que se le pegan dos ramitas para que hagan de cuernos– de bolsillo en bolsillo hasta dar la vuelta entera a la ronda, que equivale en el juego a la vuelta entera al mundo.

Luego viene eso de:

*A la Be con Bu,
a la Be con Bu,
la vaca la vaca
la tie nes tú.*

Y el ganador de la «vaca» es llevado en andas por todo el pueblo.

A propósito del estribillo, ¿por qué no suponer que la letra se fue modificando con el correr del tiempo, como suele suceder con las canciones tradicionales que se transmiten de boca en boca? ¿Acaso sería alocado suponer que, en épocas más arcaicas, lo que cantaban nuestros niños no era «A la Be con

Bu» sino «A la Fe con Bu», los nombres míticos de Federico y Bubulina, nuestras vacas inaugurales?

En fin, lo cierto es que este antiquísimo juego infantil nos da la pista de que las vacas de bolsillo «dieron la vuelta al mundo», o que, al menos, se hicieron famosas en sesenta pueblos.

Dejo librada, pues, a la fantasía de cada uno de ustedes una etapa seguramente llena de gloria para Zoilo y Florencia o Gertrudis o Carmela, cuando las vacas de bolsillo alcanzaron la popularidad que merecían.

Imaginémonos a la pareja de pie en una gran tarima, en ocasión de las grandes kermeses ganaderas, sosteniendo uno a Bubulina y otro a Federico en la palma de la mano mientras el público a su alrededor guarda el más respetuoso silencio a la espera del dulce, penetrante, diminuto e inconfundible mugido de las vacas achicadas.

O desfilando a la cabeza de un gran cortejo y llevando a sus vacas de bolsillo fuera de los bolsillos, en algún lugar más visible. En lo alto de la copa de sus sombreros, por ejemplo. O cómodamente recostadas sobre sus hombros. O rumiando alguna hoja tierna en medio de una canasta.

¿Cuánto tiempo puede haber pasado antes de que algún granjero amigo le haya pedido a Zoilo que le confiara su secreto para achicar vacas? ¿Cuánto pue-

de haber resistido el pobre Zoilo sin revelarlo? ¿Cuántas vacas de nombre Margarita o Dionisia o Filomena habrán pasado a llamarse Mar, Dio y Fi de buenas a primeras? ¿Cuántas señoras habrán cedido a la tentación de conseguirse una pequeña, simpática y sentadora vaca de bolsillo para lucirla de mascota en el hombro o sencillamente como centro de mesa, junto a un ramo de claveles o sobre un racimo de uvas?

Quien más, quien menos, habrá querido tener su vaca de bolsillo. Y lo más probable es que no se haya contentado con una, sino que haya querido dos, tres, siete, diez... Es de imaginar que las vacas de bolsillo se pusieron decididamente de moda en esta zona del planeta. Primero como mascotas, y luego como moneda, como figuritas para coleccionar, como unidad de medida (el vabo –unidad vaca de bolsillo– sigue siendo muy usado entre los ganaderos del Pan de Musgo, por ejemplo).

Imaginemos, sigamos imaginando: los niños las agrupaban por colores; las señoras las exhibían orgullosamente en sus vitrinas; los señores las usaban de pisapapeles, de llavero... Junto a un florero, en la caja de las herramientas, en el cajón de los cubiertos, en el costurero... Y en el bolsillo, por supuesto. Eran graciosas, decorativas y mansas, y no había rincón donde no resultaran apropiadas.

No obstante, ya se sabe que las vacas, aunque lentas, tienen cierta tendencia a mudar de sitio permanentemente, de modo que es muy probable que en más de una ocasión hayan emigrado del rincón al que se las tenía destinadas para salir a recorrer la casa. No habrá sido raro encontrarlas de pronto rumiando tranquilamente un fleco de la colcha o durmiendo la siesta dentro de un zapato.

Ahora bien, a nadie le gusta encontrar vacas, por muy pequeñas que sean, donde no tenía planeado encontrarlas. Es molesto y hasta poco higiénico. De modo que es de suponer que, poco a poco, las vacas de bolsillo dejaron de ser novedad –y por lo tanto moda– y empezaron a entrar en la categoría de plaga. Especialmente cuando llegaron los inevitables nacimientos.

La primera en parir fue, por supuesto, Bubulina. Una hermosa ternerita de color té con leche, como la madre, con manchas negras. Zoilo y Florencia o Gertrudis o Carmela la llamaron Sonia. No se preocuparon demasiado por las sílabas porque Sonia ya era de por sí muy pequeña, incluso era improbable que al crecer llegara a tener el tamaño de su madre. Tal vez se habían sumado las achicaduras de sus progenitores. Lo cierto es que Sonia era diminuta: habría sido posible llevarla no ya en el bolsillo, sino en el ojal o colgada como dije de una pulsera. Bubulina la atendía amorosamente.

Florencia o Gertrudis o Carmela, que también estaba a punto de parir (no una vaca, por supuesto, sino un niño), los puso a los tres en una fuente repleta de lechuga para que estuviesen cómodos y también para evitar que Sonia se extraviase por los rincones.

Luego del de Bubulina hubo quinientos o setecientos partos más en las distintas casas del pueblo. Pero no todos los dueños eran tan solícitos con sus vacas de bolsillo como los Antúnez.

Cuando las casas empezaron a llenarse de decenas y decenas de vaquitas que andaban de aquí para allá mugiendo, rumiando y ensuciándolo todo, algunos –los más crueles– habrán comenzado a barrerlas con la escoba, me imagino, y al terminar la jornada, seguramente habría frente a cada casa un tacho repleto de vacas de bolsillo, apiladas sin ninguna consideración. Otros habrán optado por las jaulas, y tal vez las hayan colgado de las ramas de las plantas, pero lo más seguro es que no hayan podido tolerar el mugido, pues cuando están asustadas es insoportable y hace castañetear los dientes.

Algunos habrían intentado aplicar el método contrasilábico, esperando devolver así el tamaño original a sus vacas, y le habrían gritado «Margarita» o aun «Margaritona» a su vaca en la oreja, suponiendo que

así la harían crecer. Es obvio que los resultados fueron nulos. Según Jeremías Antúnez, el gran filólogo genetista, esto pudo deberse a dos razones: o bien a que el método silábico era un método irreversible, de mano única, un camino sin retorno, o bien a que las vacas, con el achicamiento, se habían vuelto sordas y no respondían a su nombre. (Esta última me parece una teoría muy atendible, ya que nuestras vacas de hoy jamás nos hacen caso cuando las llamamos.)

Imaginemos, entonces, el final de la etapa de gloria de nuestras vaquitas y la súbita decadencia de su popularidad.

El pueblo se ha de haber llenado de carteles con avisos tales como: «Elimino sus vacas en un abrir y cerrar de ojos. Llámeme» o «¿Problemas con sus vacas? Jaulas seguras y a prueba de mugidos» o «Escobas marca Tal, las únicas que no dejan ni una vaca en sus rincones» o «¿Sigue encariñado con ellas a pesar de todo? Guardería La Feliz, a un paso de su casa».

Precisamente, señoras y señores, ese ha de haber sido el punto en el que alguien (un ama de casa entre práctica y despiadada, por ejemplo) inventó el helado de vaca, responsable del giro radical que ha tomado nuestra historia, como espero poder demostrar si son ustedes tan amables de prestarme la atención necesaria.